

Pau Casals y el niño que tocaba el violín

Jordi Sierra i Fabra

Ilustraciones

Kosmonautaa

 yeshaliteraturaEdiciones
COLECCIÓN INFANTO JUVENIL





Pau Casals y el niño que tocaba el violín



Jordi Sierra i Fabra

Sierra i Fabra, Jordi

Pau Casals y el niño que tocaba el violín / Jordi Sierra i Fabra; ilustrado por Kosmonautaa - 1a. ed. ilustrada. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ayesha Literatura Ediciones, 2021.

140 p.: il.; 20 x 28 cm.

Traducción de: Jordi Sierra i Fabra.

ISBN 978-987-48211-3-3

1. Literatura Infantil y Juvenil en Español. 2. Narrativa Infantil y Juvenil Española. I. Kosmonautaa, ilus. II. Título.
CDD 863.9283

© Jordi Sierra I Fabra, 2021

© Ilustraciones: Kosmonautaa

© Tapas, maquetado y diagramación interior: Adrián Emilio Signorelli

© Ayesha Literatura Ediciones y Agencia de Servicios Culturales y Literarios de Alexander Margulis, 2021 /
E-mail: ayasha@ayasha.com.ar / www.ayasha.com.ar

© 1ª Edición en catalán: "Pau Casals i el noi que tocava el violí". La galera sau editorial, 2020.

Libro de edición argentina

Todos los derechos reservados

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, las transmisión de este libro ni del material incluido, en cualquier formato o por cualquier medio sin el permiso previo y la debida mención del autor y el editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Material complementario



Entre 1936 y 1939, Pau Casals graba las *Seis Suites para Solo de Violoncello* de Johann Sebastian Bach.

Podés oírlas mientras lees el libro escaneando este código QR.

O podés clicar el siguiente link <https://cutt.ly/TYFS18S>

TIEMPO DE AUDICIÓN Y DE LECTURA: 2 hs. 10 min.



Primer movimiento:
Lento



DO

En la plaza, junto al hotel, hay coches de caballos. Los coches son cómodos, confortables, con asientos tapizados en rojo. Los caballos hermosos. Parecen felices, bien comidos, brillan. No están muy enjaezados, pero tampoco faltos de la ornamentación apropiada. Los cocheros esperan, subidos al pescante. Su porte es digno, el uniforme severo, la chistera alta. La primavera es suave y cálida, así que ya han dejado atrás las mantas. Es tiempo de paseos. Tiempo de disfrutar la exuberante calma y el silencio del Central Park.

Ah... Nueva York parece más y más espectacular que cuando llegó por primera vez, en 1901.

Han pasado quince años.

Un soplo de tiempo.

Aunque entonces era noviembre, hacía frío, llovía.

Cuando el St. Paul pasó cerca de la Estatua de la Libertad, sintió un escalofrío.

La Tierra de las Promesas...





Pau suspira y sigue el paseo.

Deja atrás la plaza, en la esquina sureste del Central Park, todavía en obras a causa del metro y a punto de ser inaugurada. Deja atrás el fastuoso hotel Plaza y la mansión de Cornelius Vanderbilt II, el monumento ecuestre de Sherman y la nueva fuente, llamada Pulitzer en honor a la generosidad de su impulsor, Joseph Pulitzer, decidido a rivalizar con la de la plaza de la Concordia en París. Caminando despacio, sigue por la misma calle 58, ahora en la parte Oeste de Manhattan, por debajo del parque. Rebase la Sexta Avenida, y al llegar a la Séptima dobla a la izquierda, para ver, una vez más, la impresionante arquitectura del Carnegie Hall.

Mañana, concierto en el Metropolitan, pero hoy, ahora...

¿Cómo olvidar el debut en el Carnegie, el 9 de marzo de 1904, en su segundo viaje a los Estados Unidos, ya convertido en solista?

El memorable Don Quijote de Richard Strauss que puso al público en pie.

Y, además, poco después de tocar en la Casa Blanca ante el presidente Roosevelt

—Eres un sentimental —se dice en voz baja.

Lo es, ¿y qué?

No se puede ser artista sin ceder a los sentimientos.

El norte de toda creatividad.

Algún día también dirigirá en el Carnegie. Es uno de sus sueños.

Se toma su tiempo. Contempla los arcos de las puertas y las ventanas, el tono ocre, rojizo, de los ladrillos, los detalles de terracota, las banderas que apenas si se mueven porque la brisa es imperceptible. La gente pasa por la acera sin fijarse en el templo de la música, sin levantar la cabeza. En Nueva York todo el mundo parece tener prisa, la vida se acelera, nadie pasea salvo que se adentre en el parque.

Le encanta París, pero Nueva York... El Carnegie...

Escucha música en su cabeza.

El sonido de su violonchelo.

Siempre escucha música en su cabeza, pero a veces es mucho más que eso: una melodía exuberante, un torrente, una concatenación de notas sublimes convertidas en ráfagas que retiene instintivamente.

Mira hacia arriba, en dirección al parque. Mira hacia abajo, por la Séptima. Duda. Los paseos por el Central Park son catárquicos. Pero pisar el asfalto de la Séptima es como aspirar la vida en el corazón de Manhattan.

Decide sumergirse en ese corazón.

Sus botines dejan huellas invisibles en la acera mientras el tráfico, farragoso, invade el aire de sonidos inexistentes apenas un par de décadas antes.

La era del automóvil ha llegado para cambiarlo todo.

Por un momento piensa en su casita de Sant Salvador, junto al mar y cerca del cielo.

Por un momento.

A veces su casa es, simplemente, el mundo. París, Londres, San Petersburgo...

Pau sigue caminando.

Debería pensar en el concierto de mañana.

Debería.

Será algo singular, único. Un punto evocador, triste, cargado de emociones a flor de piel.

¿Por qué trata de no pensar en ello?



RE

La zapatería está cerca. Ha pasado alguna vez por delante de ella, ha mirado los zapatos, le han gustado, pero nunca ha tenido tiempo de entrar en la tienda y probárselos. Comprueba la hora. Es el momento. Toma la decisión y entra en el establecimiento. Un probador atiende a un caballero que parece dudar entre dos pares muy diferentes. El joven que se le acerca a él es solícito. Le hace una pequeña reverencia.

—¿Señor?

—El modelo del escaparate. El que tiene la parte superior del botín de color blanco.

—Un gran calzado, recién llegado —se jacta—. Si tiene la amabilidad de tomar asiento...

Tiene la amabilidad.

—¿Qué número calza?

—El 42, aunque a veces puede ser un 43.

—Probaremos primero con un 42.



Se quita el sombrero y espera. El par de zapatos aterriza en menos de un minuto a sus pies, con el joven ya equipado, calzador en una mano y el apoyapies en el otro. Le quita el zapato del pie derecho y, casi con ternura, le inserta el nuevo.

—¿Se siente cómodo?

Pau se levanta.

Cómodo es poco.

Comodísimo.

Un guante en el pie.

Tanto que opta por ver más modelos.

—Es perfecto —asiente—. Me los llevaré, pero antes, tiene algún par más del mismo estilo, en negro, beige...

—Disponemos de la más alta gama de zapatería para caballeros, no lo dude —se incorpora complacido por la ductilidad del cliente—. Le traigo algunos modelos de inmediato. ¿El señor quiere tomar algo, un café?

—No, gracias. Muy amable.

Otra reverencia.

Pau se quita el zapato elegido. La piel es buena, el tacto perfecto. Una compra estupenda. Susan estará encantada. Mientras espera el regreso del vendedor se da cuenta de que un hombre mayor, de pie detrás del mostrador principal, le observa con las cejas en alto. Tiene en las manos un periódico.

Un periódico con la foto de él.

Pau trata de despistar, pero es tarde.

Odia ser reconocido.

La gente te trata de manera distinta cuando sabe quién eres.

Al reaparecer el joven con tres cajas de nuevos zapatos, el hombre se sitúa a su lado y expande una enorme sonrisa en su cara. Es el primero en hablar.

—Señor Casals... Es un honor servirle, y un orgullo para nuestro establecimiento contar con usted como cliente.

—Gracias —se muestra comedido.

El vendedor le mira de otra forma.

Un personaje importante.

—Yo atenderé gustoso al señor Casals, Thomas —le dice el encargado de la zapatería.

Es inevitable.

El joven ya no cuenta. Desaparece.

Los cinco minutos siguientes son de charla insulta y convencional.

Lo único que ya quiere es salir de la tienda con su compra. Los zapatos elegidos y un par más que también le entusiasman. Sí, vive en Nueva York de manera temporal desde hace dos años. Sí, el concierto del día siguiente será un hito. Sí, el motivo es una pena. Sí, habla muy bien el inglés para ser extranjero. Sí, volverá al establecimiento porque los zapatos son cómodos y de gran calidad. Sí, sí, sí.

En el momento de abonar la compra, las dos cajas parecen enormes encima del mostrador.

—¿Quiere que avise a un taxi, señor Casals?

—No, gracias. Vivo relativamente cerca.

—Entonces, ¿le mandamos las dos cajas a su casa? Será un placer.

—No es necesario, yo...

—¡Oh, permítame que insista! —se esfuerza el hombre—. Déjeme que, por lo menos, uno de nuestros chicos le ayude y le acompañe hasta su casa llevando la carga. Es lo menos.

¿Tiene escapatoria?

A fin de cuentas, el encargado tiene razón. Las dos cajas abultan. Si la tienda dispone de un muchacho para tales menesteres...

Se rinde.

—De acuerdo, es muy amable.

—¡Faltaría más!—levanta un poco la voz y dice—: ¡Thomas, llama al chico!

